

JAVIER VELAZA, *La historia del texto de Terencio en la antigüedad*, Universitat de Barcelona [*Aurea saecula*, 16], 2007, 167 pp., ISBN 978-84-475-3147-9.

El autor propone en esta breve monografía una revisión de la que considera *communis opinio* en torno a la historia del texto terenciano: la que “viene sosteniendo que nuestros códices de Terencio remontan a un arquetipo común, el cual, a su vez, procedería de una edición procurada en las postrimerías del s. I dC por el crítico y filólogo Marco Valerio Probo de Beryto” (p. 7). Aunque no aspira a proporcionar “un modelo completo” de la transmisión terenciana antigua (p. 8), Javier Velaza confía, sin embargo, en poder ofrecer “un nuevo modelo de comprensión de lo que sucedió con el texto de Terencio entre la época imperial —y tal vez incluso la republicana— y la Edad Media” (p. 9), lo cual constituye sin duda un objetivo muy ambicioso (a la propuesta de un modelo “en buena medida diferente” se referirá asimismo en p. 127). Su trabajo se divide en siete capítulos, cuyos contenidos le permiten abordar la mayor parte de los problemas que afectan a la tradición terenciana antigua y tardoantigua: 1. La tradición manuscrita, 2. Relaciones entre códices y modelos de la tradición, 3. La morfología de la tradición: hacia una nueva lectura, 4. Cuestiones de cronología, 5. Fuera de la tradición: en busca de los “otros” textos de Terencio, 6. Probo y el texto de Terencio, y 7. Una hipótesis de reconstrucción.

El autor señala que ha podido realizar colación directa de algunos manuscritos y que ha tenido acceso a la reproducción fotográfica de algunos otros (p. 8); la aportación derivada de esta autopsia no se constata, sin embargo, en el cuerpo del volumen, lo cual hace suponer que ha servido sobre todo para la verificación de aspectos codicológico-paleográficos y de variantes. En el primer capítulo (pp. 11-31) se recoge una somera noticia sobre los códices más importantes para la tradición de Terencio. El autor no se propone aportar datos nuevos, ni entrar a dirimir

cuestiones tan complejas a veces como las referentes a datación; así ocurre por ejemplo en el caso del célebre Bembino (*Vat. Lat. 3226*), analizado en su día con detalle por A. Pratesi (*Palaeographica, diplomatica et archivistica. Studi in onore di Giulio Battelli*, Roma 1979, I, 71-84), quien defendía una fecha tardía para este manuscrito (fin. del s. V - princ. s. VI) desde criterios fundamentalmente paleográficos¹, cuya validez de conjunto cuestiona Velaza desde un cierto escepticismo — comprensible, por lo demás— hacia el carácter conclusivo de este tipo de argumentos (que, no obstante, ha tenido ocasionalmente en cuenta: p. 96, n. 199). En cualquier caso, quizá no sea lo más justificable desde el punto de vista científico aplicar en este campo de la datación paleográfica una especie de *in medio virtus*, como parece hacerse en p. 14: “no puede en modo alguno descartarse ninguna de las dos dataciones propuestas para el Bembino [en referencia a la de Lowe, fin. del s. IV - princ. s. V, y a la ya mencionada de Pratesi], como tampoco la de una intermedia, a saber, hacia mediados del s. V dC”, criterio de puro compromiso aparentemente pero que se asume, de hecho, en p. 96. Es lástima que, pese a ofrecerse tres láminas de un códice tan importante, en figs. 1-3, en ninguna de ellas se muestre la escritura antigua del manuscrito (para la cual remitiríamos por ejemplo, por ser trabajos fácilmente accesibles, a R. Raffaelli “Prologhi, perioche, didascalie nel Terenzio Bembino (e nel Plauto Ambrosiano)”, *Scrittura e civiltà* 4, 1980, 41-101, o C. Questa, “Lyrica Terentiana (Ad. 610-617)”, en *Numeri innumeri. Ricerche sui cantica e la tradizione manoscritta di Plauto*, Roma 1984, 399-415, láms. 1-3 y 17,1).

En general, en la obra reseñada se atiende sobre todo a cuestiones de “morfología” de la tradición (por usar una expresión repetida por el autor) y —siempre en un nivel básico— textuales, más que a las de tipo paleográfico —no desatendidas del todo, como también se observa por ejemplo, con acertado criterio del autor, en pp. 86-7— o codicológico en general, aun cuando este

¹ Aunque no sólo: cf. por ejemplo *Palaeographica, diplomatica et archivistica*, 73-5, en referencia a las similitudes entre la escritura del Bembino y la de los ff. 11-4 (Lucano) del célebre palimpsesto *Pal. Lat. 24*, que considera provenientes de “un medesimo ambiente culturale” (p. 75).

último tipo de análisis sigue siendo uno de los más esperanzadores y ya se ha mostrado de gran interés para el estudio de las fases tardoantiguas del texto en cuestión (cf., por ejemplo, Questa, en su trabajo —no citado— de 1973, quien atendía al interés que ofrece la disposición colométrica en el mencionado Bembino, comparada al efecto con la plautina de época más antigua, abriendo en parte la vía de estudio que luego aprovechará Raffaelli en varios trabajos fundamentales), pese a no haberse revelado tan fructífero en su aplicación al estudio de fases posteriores de la transmisión (B. Victor - B. Quesnel, “The colometric evidence for the history of the Terence-text in the early middle ages”, *RHT* 29, 1999, 141-68). Los códices medievales más importantes, analizados en pp. 15-31, se describen siguiendo una ordenación coincidente en lo fundamental con la de M. D. Reeve, “Terence”, en L. D. Reynolds (ed.), *Texts and transmission. A survey of the Latin classics*, Oxford 1986; al elenco facilitado por este autor se añade tan sólo —que observemos— la referencia al *Hagensis* (H; p. 25). A veces no parece haberse ofrecido la información de mayor interés; así, por citar un caso próximo, en el caso del Terencio de la Capitular de Pamplona (mencionado en p. 18, n. 20), someramente analizado por el autor en un trabajo de 2002, no se informa al lector de que, en realidad, consiguió filiarlo de manera decisiva O. Gilarrondo, “Sobre los folios de Terencio de la Catedral de Pamplona (*Homenaje a D. José Goñi Gaztambide*)”, *Príncipe de Viana* 229, 2003, 433-53, al identificarlo como *disiectum* del *Matrit.* Vit. 5, 4 y al integrarlo en su contexto de producción más probable.

En el capítulo segundo (pp. 33-50) se abordan ya algunas de las cuestiones fundamentales referentes a la historia del texto, comenzando por la concerniente a las *subscriptions* de Caliopio, supuesto autor de una recensión del texto que suele siglarse como Σ y datarse en el siglo V. Aunque el autor señala en p. 35, respecto a los aspectos que fundamentan la mencionada cronología, que “hay razones para reevaluar completamente estos datos”, no vemos desarrollados argumentos de peso en contra de la datación comúnmente aceptada. Si no nos equivocamos, sólo sobre la base de una suposición prosopográfica, y de carácter negativo (la de que nada impide situar al tal Caliopio en el s. IV, y no más tarde), se propone un ligero reajuste que llevaría dicha recensión al período c. 350-400 (en el s. IV la situaba por ejemplo R. H. Martin,

Terence. Adelphoe, Cambridge 1976, 40), una datación que se vería favorecida por el hecho de que Donato parezca desconocer el texto de Σ (cf. pp. 94, 130). Entendemos que la cuestión debe seguir considerándose abierta. La “impresión” de Velaza respecto a la causa de la “infiltración de la *subscriptio*” de Caliopio en algunos códices plautinos (p. 92) nos parece apuntada en parte por G. Pasquali (*Storia della tradizione e critica del testo*. Seconda edizione con nuova prefazione e aggiunta di tre appendici, Firenze 1962, 365).

No menor trascendencia tiene, sin duda, la segunda cuestión abordada en este capítulo, la del arquetipo, estadio del texto que Jachmann, en su clásico trabajo de 1924, sigló como Φ , fuente común de A (Bembino) y de Σ , y que, tras considerarlo como dependiente de Probo, dató c. 200 (c. 251-284 se atrevía a precisar Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, 361, atendiendo a “ragioni generali di storia della cultura” y a la posible cronología del arquetipo plautino, paralelo del terenciano en su opinión; cf., en términos similares, Questa, “*Lyrice Terentiana*”, 411). Velaza sitúa este arquetipo Φ entre el 150 (fecha *post quem* de la que denomina “edición (post)sulpicianas”: cf. pp. 66, 130) y el 350, si bien finalmente opta por localizarlo de manera más concreta hacia el centro de esa amplia horquilla, en la segunda mitad del s. III (p. 89), sobre la base —de dudoso rigor teórico, a nuestro juicio, y aún más dudosa delimitación efectiva— del supuesto lapso temporal necesario para el surgimiento de variantes².

De la existencia de este arquetipo darían cuenta una serie de errores comunes, que Grant —quien lo sitúa a la cabeza prácti-

² El argumento (cf. asimismo en p. 86) nos parece similar *mutatis mutandis* al que, por ejemplo, impulsaba a Pasquali —como bien recuerda el propio Velaza en p. 91— a datar la recensión caliopiana en el s. V, ya que determinados errores métricos serían impensables en una época anterior (*Storia della tradizione e critica del testo*, 365; cf. no obstante Reeve, “*Terence*”, 413, n. 11); por lo demás, no es necesario recalcar que el hecho de que algunos gramáticos de los siglos V y VI subrayen que el texto de Terencio es métrico no supone que esta circunstancia haya comenzado a pasar inadvertida inmediatamente antes del momento en que éstos escriben.

camente de su estema— ha llegado a calcular en unos cien (pp. 37, 45), entre los que Velaza selecciona tres, en pp. 37-8, como auténticos errores comunes y suficientes en principio para la demostración de tal arquetipo: *Hec.* 477-8, 543 y *Phorm.* 504-5³. En el primer caso, la lectura supuestamente incorrecta, *cui* (que dan todos los códices y Donato), fue admitida en su edición —y, en consonancia, traducida— por Marouzeau; y, como el propio Velaza señala, no cabe descartar —si dicha variante se considera errónea— que se haya originado de forma independiente en las dos familias principales, dado el contexto; el amétrico *omnibus* de *Hec.* 543 es “interpolated” según B. Victor, “A problem of method in the history of texts and its implications for the manuscript tradition of Terence”, *RHT* 26, 1996, 280, entre otros, y no nos parece inverosímil que así sea (también como error poligenético), junto a una forma *innatumst*; el *tibi* supuestamente amétrico de *Phorm.* 504-5 es incómodo, pero también recibió atención de J. Marouzeau, “Notes de critique térentienne”, *RÉL* 12, 1934, 199, quien optó, a diferencia de Bentley o Kauer - Lindsay, por no secluirlo⁴. En nuestra opinión, ni la naturaleza de los tres errores destacados por el autor ni su escasísimo número (*pace* Victor “*A problem of method*”, 275: “numbers mean nothing”, pues creemos que el mero número de supuestas faltas sí importa desde el punto de vista metodológico, cuando ninguna de ellas puede considerarse conclusiva) permiten demostrar la existencia de un “arquetipo” común a A y Σ , sea cual sea su cronología, lo cual no significa que éste no haya existido o que no pueda y deba

³ De ese arquetipo dependería, según Velaza, incluso el testimonio de Donato, en la medida en que puede reconstruirse (pp. 39-41, con cita de dos ejemplos y referencia de algunos otros), pese a sus lecciones singulares (al pasaje citado en p. 44, n. 76 como del interés de Prete, *Phorm.* 937, pueden añadirse por ejemplo los aducidos por Martin, *Terence. Adelphoe*, 41 o J. E. G. Zetzl, *Latin textual criticism in antiquity*, Salem 1984, 149; al respecto cf. asimismo p. 99, n. 201 de la obra que reseñamos).

⁴ Al ejemplo de *Andr.* 928 (*cito tibi* codd., *cito* II^b), señalado por Reeve (“*Terence*”, 413, n. 8) como error adjudicable al arquetipo, alude Velaza separadamente, en p. 101. En *Ad.* 60 podríamos estar ante un error métrico antiguo (cf. pp. 87, 106), pero tampoco es seguro (cf. Kauer - Lindsay, *ad loc.*, Martin, *Terence. Adelphoe*, 109).

postularse. No creemos que puedan considerarse “razones más que suficientes” (p. 39) como para fundamentar la hipótesis de tal “germen” de la tradición textual (p. 51). Nuestro rechazo no se debe a un escepticismo infundado hacia este tipo de indicios (como el que se denuncia en p. 38, a propósito del valor de *Hec.* 478), sino en el hecho de que los seleccionados son a todas luces insuficientes y de efecto casi contraproducente: es preferible dejar sin caracterizar un supuesto arquetipo (máxime a falta de un estema completo y construido desde abajo) que definir su contenido de manera tan dudosa. Creemos, en suma, sin compartir las tesis de Marouzeau y su concepto de “*fautes à faire*’, *inévitables pour ainsi dire*” (“*Notes de critique térentienne*”, 49), o, desde otra perspectiva de análisis, las de J. Andrieu, *Étude critique sur les sigles de personnages et les rubriques de scène dans les anciennes éditions de Térence*, Paris 1940, 12, 121 (defensor asimismo de una desviación muy antigua, a partir de lo que también en nuestra obra —pp. 49, 56— se denomina un “arquetipo terenciano”), que cabe postular la existencia de un arquetipo del texto de Terencio, antiguo o tardoantiguo, pero cuya caracterización rigurosa en virtud de “errores comunes” debe seguir considerándose como pendiente, como en el caso de tantas tradiciones.

Dejando la discusión de algunos otros aspectos esenciales para el siguiente capítulo (sólo aludidos en este segundo, en el apartado 2.4., bajo el título “Antes del arquetipo”; a la cuestión probiana se le reserva todo el capítulo sexto), se concluye en p. 50 con una reflexión general —y casi augurio— sobre método (también caracterizada en este caso, nos parece, por una injustificada búsqueda del “término medio”): “es justamente entre el matematicismo un tanto naif de un Paul Maas y el nihilismo de un Victor, pero suficientemente lejos de los dos, donde los estudios sobre la transmisión antigua de los textos han de encontrar su sitio en el tiempo futuro”⁵. Al margen de la alusión al método descrito —casi más que propuesto— por Maas, que creemos incorrecto calificar en tales términos, tampoco nos parece que Victor haya defendido en su relevante trabajo de 1996 esa suerte de “nihilismo” metodológico

⁵ El autor también considera oportuno criticar el “lachmannianismo mal entendido”, en p. 98.

que Velaza le atribuye (quizá sobre la base de aserciones como la siguiente, en “*A problem of method*”, 284: “positive evidence exists for the view that Γ , Δ and A belong to a patternless array of contaminated manuscripts”), sino más bien —desde una cierta exasperación de la mejor doctrina pasqualiana— la consideración de la contaminación como fenómeno siempre determinante, aunque también susceptible de análisis (así, por ejemplo, cuando llamaba la atención sobre una esencial paradoja [“*A problem of method*”, 273; cf. ya K. Büchner, “Terenz”, en H. Hunger (et al.), *Die Textüberlieferung der antiken Literatur und der Bibel*, München 1975, 379]: “horizontal transmission at the same time is hostile to difficulty and propagates difficulty”, pero vinculando al mismo tiempo este tipo de transmisión y la banalización textual: “*A problem of method*”, 277; a Γ como posible resultado de “una revisión de carácter deteriorador” se refiere Velaza en p. 95).

El capítulo tercero aborda también varias cuestiones fundamentales, entre las que destacaríamos las tres primeras, referentes a las didascalias, las periocas y el orden de las comedias en las distintas familias de códices (en el capítulo se trata asimismo el problema de las ilustraciones que aparecen en parte de los manuscritos de Γ y el que plantea el *alter exitus* de *Andria*⁶). Velaza considera que la presencia de didascalias⁷ y periocas en todos los manuscritos conservados obliga a pensar que éstas se introdujeron con motivo de una nueva y decisiva “edición” de las seis comedias terencianas, cuya relación con la precedente de Probo, caso de haber existido⁸, no cree posible determinar con exactitud. El

⁶ No es tan evidente, en nuestra opinión (cf. p. 83), que el v. 12 de la perioca de *Andr.* presuponga conocimiento —y menos aún conocimiento exclusivo— del *alter exitus* (y no sólo de los dos septenarios finales de la obra, 980-1).

⁷ La preferencia del autor por una datación tardía de éstas (época imperial) se apoya en una “apariencia de los hechos” (p. 53) que, en nuestra opinión, no es que carezca de valor probatorio sino que se apoya en un dato puramente negativo y apenas susceptible de valoración objetiva: la falta de elementos lingüísticos que puedan asignarse a época varroniana (en referencia al *De actis scaenicis* propuesto como posible fuente por Jachmann).

⁸ Cuestionada en su día por N. Scivoletto, “La ‘filología’ di Valerio Probo di Berito”, *Studi di letteratura latina imperiale*, Napoli 1963, 155-213 [=

autor considera totalmente insostenible que esa supuesta edición probiana pueda encontrarse en la base de nuestra tradición textual conservada (pp. 56-7, 113, 126, 129), dada “la evidencia de una conformación (post)sulpiciano de la tradición” (p. 113), en virtud de la mencionada edición (de c. 200 según se desprende de p. 59, de entre mediados del s. II y el primer tercio del s. III según p. 66), y que, como se ha apuntado, ya debía de contener las didascalias y las periocas redactadas por Sulpicio Apolinar, a mediados del s. II (asunto al que se dedican las pp. 53-66). En nuestra opinión, esta hipótesis de Velaza, que constituye quizá la esencial en su obra y de la que se extraen consecuencias decisivas a juicio del propio autor (pp. 56-7), suscita sin embargo serias dudas:

- considera que las mencionadas periocas son “textos concebidos para una edición de las comedias” (p. 86), lo cual sólo nos parece, en principio, una de las posibles hipótesis;

- considera imprescindible la intervención de un “editor” en la confección de ese ejemplar (post)sulpiciano (p. 129), sin admitir, aparentemente, que la inclusión de tales elementos —extratextuales en buena medida, como incluso revela su disposición codicológica en el Bembino— pudiera responder en su día a una simple decisión de carácter librario, propia de taller y ajena a una intención filológica determinada (y, por tanto, a una intervención decisiva de este carácter gramatical)⁹;

GIF 12, 1959, 97-124; “Postilla” en 214-21], 202-5 o Zetzel, *Latin textual criticism in antiquity*, 48, desde el supuesto “escepticismo radical” que el autor atribuye a este investigador, aunque cf. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, 339-40, 357-8, Questa, “*Lyrica Terentiana*”, 412, 415, n. 16, Jocelyn, “*The annotations of M. Valerius Probus*”, 474 y, con buen criterio, Reeve, “*Terence*”, 412, n. 7 (acerca de la opinión de Grant 1986, cf. p. 46 de la obra aquí reseñada).

⁹ Sobre su carácter “extratextual” en el Bembino debe hacerse referencia a R. Raffaelli “Prologhi, perioche, didascalie nel Terenzio Bembino (e nel Plauto Ambrosiano)”, *Scrittura e civiltà* 4, 1980, 53 y 94-5 (pese a lo indicado por Velaza, en p. 52, acerca del comportamiento de *Andria* en estos aspectos, puede consultarse en general *ib.* 69 y 100); sobre la particular localización de estos elementos en δ (a continuación de los prólogos terencianos) cf. *ib.* 97-8. Por lo demás, no denominaríamos “evidente corrupción textual” a la ampliación de la perioca de *Ad.* que ofrece la recensión caliopiana (p. 53, n. 96).

-acogiéndose a la hipótesis de Pasquali (*Storia della tradizione e critica del testo*, 358), sobre la verosimilitud de que esos textos estuvieran en una fuente común, en lugar de haber pasado a una sola familia y luego, por contaminación, a la otra, no parece concederse atención a un argumento expresado por Reeve (“*Terence*”, 414, n. 18), cuya validez teórica subsiste y que no resulta menos verosímil en nuestra opinión: “but such an embellishment would be apt to spread” (retomado por ejemplo por A. J. Brothers, *Terence. The Eunuch*, Warminster 2000, 37, n. 174; cf. asimismo, sobre la cuestión, p. 55, n. 105 de la obra reseñada). El argumento en contra de Velaza no nos parece consistente (p. 56: “hay que admitir que se hace muy poco verosímil que haya sido hasta el punto arrasador [el fenómeno antes apuntado, se entiende] que no se conserva ni un solo manuscrito exento de las *periochae*”; cf., además, p. 59).

No llegamos a comprender los motivos que llevan al autor a excluir totalmente la posibilidad de que Probo sea la fuente de nuestra tradición textual, máxime cuando no se desestima la posible existencia de una edición a su cargo (pp. 113, 123-6) ni el posible influjo de ese texto en la “edición (post)sulpicianiana” que se postula¹⁰; tampoco llegamos a apreciar las ventajas teóricas que dicha eliminación reporta, sobre todo cuando dicha edición (post)sulpicianiana, que se considera “no sea en mucho posterior, si es que lo es, a la época de Sulpicio Apolinar” (p. 59), carece de artífice conocido: se atribuye en algún momento, como posibilidad, al propio Sulpicio o a Aspro, antes del 200 (pp. 59, 64), pero finalmente (pp. 83, 130) se descarta la atribución a Sulpicio (con buen criterio a nuestro juicio, ya que su personalidad no parece compatible en ningún momento con la de un “editor” de la época propiamente dicho). Resulta evidente, en efecto, que tal ejemplar (post)sulpicianiano no pudo ser obra de Probo, pero creemos que eso no impide que la tradición textual que representa remonte al célebre gramático, de tan “dimly activity” (H. D. Jocelyn, “The

¹⁰ Al menos en la familia δ , quizá a través siempre de Donato (cf. pp. 113-4, 124-5, aunque, sin embargo, en esta última página se considera poco menos que imposible la existencia de ejemplares de procedencia probiana en el siglo V).

annotations of M. Valerius Probus, III: some Virgilian scholia”, *CQ* 35, 1985, 474), como se ha venido aceptando a falta de mejor candidato, y que deba presumirse la prevalencia de una fase textual posterior cuyos rasgos concretos apenas son reconocibles.

Según hemos indicado, el autor también plantea en este tercer capítulo problemas de otra índole, relacionados asimismo con los primeros estadios de la transmisión terenciana, como el que afecta a la ordenación del corpus. Velaza se decanta por considerar que la ordenación cronológica del Bembino (que responde en realidad al orden de composición que sugieren las didascalias, como se recuerda en p. 78) no fue la originaria (p. 72), sino la antigua ordenación alfabética (con *Epidicazomenos* como título del *Phormio*) ya documentada en la *Vita Ter.* 3 (pp. 76-77, 128), elemento que el autor considera inadvertido hasta ahora por la crítica (p. 76)¹¹. La tesis de Grant respecto al orden “mixto” que ofrece G (expuesta, con cierta reiteración, en pp. 35 y 67-68), justamente calificada de “ingenious” por Reeve, “*Terence*”, 416, n. 32 y Brothers, *Terence. The Eunuch*, 37, parece bastante singular desde el punto de vista tipológico, pero es la que el autor considera más verosímil (p. 35) para explicar lo ocurrido en el seno de la mencionada familia. Velaza tampoco omite la referencia al problema que representan los códices con ilustraciones de la familia G (pp. 78-80, 91), ilustraciones que considera diseñadas —siguiendo la propuesta de Dodwell 2000— en el siglo III y para cuya transmisión parece aceptar las tesis de Grant (se realizarían para un códice derivado de Φ pero ajeno a Σ). Dicha familia Γ se considera posible desviación de Δ en p. 96.

En el capítulo quinto se atiende al importante aspecto de la tradición indirecta. Es difícil extraer consecuencias del análisis de los tres pasajes varronianos expuesto en pp. 102-4: que Varrón

¹¹ El que se considera en algún momento “argumento demoleador” en contra de una ordenación alfabética originaria, la ausencia de la grafía *Formio* en la tradición de A y Σ , no es en absoluto concluyente, como el propio autor reconoce en p. 73. En el trabajo no se hace referencia —creemos que acertadamente— a la posibilidad de explicar la diversidad de ordenaciones como consecuencia del diverso agrupamientos de rollos, como propuso en su día L. Canfora, *Conservazione e perdita dei classici*, Padova 1974, 13.

leyera *satius*, y no *potius*, en *Ad.* 74 es una suposición excesiva; respecto al *scortatur* de *Ad.* 117 nos parecen válidos los argumentos de Martin, *Terence. Adelphoe*, 120, quien desestima la lectura varroniana (quizá una mera perseveración en el texto del v. 102); como en el caso del testimonio de Π^{b12}, nos parece desproporcionada la alarma que se expresa en p. 104 respecto al valor de estas discrepancias respecto al *textus receptus* (como también se sugiere en el caso del testimonio de Cicerón: pp. 109-10), así como la decisión final de considerar el testimonio del citado papiro como tradición independiente (p. 130), pese al riesgo que ello entraña, abiertamente reconocido en p. 129. En cualquier caso, no nos parece justificada la consideración de ambas tradiciones —varroniana y ciceroniana— como diferentes de la consolidada en nuestra tradición directa (p. 129: “quedan casos lo suficientemente probantes como para postular que probablemente proceden de tradiciones diferentes a la nuestra”), ni, por tanto, su representación como tales en el estema de p. 132.

No es ocasión para entrar en otras consideraciones de detalle que este interesante capítulo suscita. En él cuestiona Velaza a veces el criterio seguido por algunos editores, como es el caso de Shackleton Bailey, en p. 109, n. 223, a propósito de *Fam.* —mejor que *Epist.*— 12.25.5, donde se adopta un criterio discutible (*adfert*, frente a *defert*), pero convencional, acorde por ejemplo con el ya expresado por Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, 357 sobre la baja calidad del texto terenciano que transmite Cicerón; en cualquier caso, no parece un criterio acorde con el adoptado por el mismo editor en otros lugares (cf. *Att.* 7.3.10, por ejemplo, donde Shackleton mantiene la tradición ciceroniana, en coincidencia con la opinión expresada por nuestro autor respecto al ejemplo de *Familiares*. En el pasaje comentado en p. 65 (*Ad.*

¹² Cf. p. 101; testimonio demasiado breve como para extraer conclusiones textuales lo considera en cualquier caso Victor, “*A problem of method*”, 276, n. 13, o 104; cf. en sentido similar p. 100, a propósito de *Sa* (si bien esta valoración final del testimonio del *Sangallensis* no queda clara si se contrasta lo antes dicho en p. 94, n. 195: “hay que reconocer que es tan poco lo que de él conservamos que resulta muy arriesgado determinar su lugar concreto en la tradición”).

559), es Aspro, no Donato, quien ofrece una escansión correcta del septenario trocaico (cf. Martin, *Terence. Adelphoe*, 186). Por lo demás, no nos parece en absoluto que del testimonio de Carisio (213, 18-19 K.) a propósito de Arruncio se desprenda que éste defendía *ardere* en *Phorm.* 82, frente al *amare* que ofrecen la totalidad de los manuscritos (p. 60), pese a la decisión editorial de Kauer - Lindsay y a la consideración de la variante por parte de Velaza como posible *lectio difficilior* y, por tanto, no inferior (el gramático se limita quizá, simplemente, a explicar el uso de *ardere* como equivalente de *amare perditte*, pero sin proponer variante textual alguna para el pasaje en cuestión).

La bibliografía que se aduce en pp. 133-59 (de consulta en ocasiones, según debe entenderse, ya que no se haya citada siempre expresamente en el volumen) nos parece bastante completa.

Es muy difícil, en una disciplina decana como la Filología Clásica (esplendorosa todavía en un pasado no muy lejano), proponer nuevos modelos de comprensión (como reconocía por ejemplo J. Barsby, *CR* 38, 1988, 23, a propósito incluso de la muy relevante contribución de Grant 1986: “in the end it leaves the history of the tradition in antiquity as uncertain as ever”). En nuestra opinión, la obra de Velaza es de valor, y tiene interés para quien desee conocer las grandes líneas de la historia del texto terenciano en la Antigüedad, pero, aun habiendo sido capaz de combinar hipótesis —ya formuladas previamente— de manera algo distinta y de proponer tesis arriesgadas, no nos parece que, en conjunto, ofrezca una alternativa más satisfactoria que la *communis opinio* que el autor considera superada (p. 127). Hace bien por ello, según creemos, en invitar aun así, casi constantemente, a la prudencia (pp. 28, 31, 41, n. 68, 68, 77, 81 n. 162, 87, 96, 99, 103, 118, 122, 124).

Nos han saltado a la vista algunas pequeñas erratas (simples dudas a veces), que señalamos a continuación, sin consignar inconsistencias de importancia todavía menor:

p. 7: “negligida”: “negligir” sigue sin estar en el diccionario de la RAE; p. 8: “controvertidas”, no “controvertidos”; preferiríamos la transcripción regular “Berito” para la patria de Probo (como “Cartago”, y no “Carthago”, en p. 54); p. 11, n. 5: *Messii*, no *Mesii* (referencia que se omite en el índice de p. 162); p. 15: “reescritos”, no “rescritos”; p. 18: “escrito en una paleografía” (quizá

mejor “grafía”, o, simplemente, “en una escritura”); p. 21: fig. 9 (263, no 85; cf. p. 20, Reeve 1983: 416; quizá por confusión con el Vindobonense siglado como Vb, en p. 25); p. 34: “posterior” (último párrafo) quizá por “anterior”; p. 40: en la cita de *Ad. 555*, *quot*, no *quod*; p. 51, n. 90: 773 por 373; p. 65: ἀμφίβολον, no ἀμρίβολον; p. 69: *Adelphoe* (primer título del Einsiedelnense) por *Andriae*; pp. 74 y 75: φορμίον, no φορμίον; p. 78: “abundant-”; p. 79, en estema: Ψ, no Ψ, dependiente de Ψ; p. 80: Ψ, no Y (asimismo en p. 130); p. 82: *ling.*, no *lin.* (y la referencia de pasaje debe incluirse en índice, p. 164); p. 83: “mejos”; pp. 93 y 94: ῥήτωρ, no ῥήτωρ; p. 115, n. 243: “consevamos”; p. 122: παρὰ τὴν καλὰμην, como el propio autor en 2005; p. 127: sustituiríamos la expresión “poner en juego” (con el significado de “plantear”); *mimariorum*, no *mimaiorum*; p. 136: en Andrieu 1949, “dédiés”, no “dediés” (asimismo en p. 146, Marouzeau 1949); en Bardon, “inconnue”, no “inconue”; p. 136: la reseña de Barsby 1988 no apareció en *CQ* 102, como también aparece en la referencia errónea que ofrecía Lentano 1998: 85, sino en *CR*; p. 139: en Claus 1965 SCOLASTIKOS, no -TICOS; p. 141: en Gilarrondo 2003, “Homenaje a”; en Giardina 1986, “trasformazioni”, no “trans-” (asimismo en p. 148, bajo Pecere 1984a); p. 142: bajo Grant 1973, G, no G; p. 144: en Jahn 1851, “Subscriptionen”, no “-nem”; p. 145: en Koehler - Mütherich, “karolingischen”, no “Karolingische”; p. 148: la segunda edición del Pasquali data de 1962; Pecere 1986, no 1984a; p. 149: en Pratesi 1979, “Battelli”, no “Batelli”; en Prete 1981, “delle”, no “dell” (asimismo en p. 150, 1981a); *manuscripti*, no *manuscripti*; p. 151: en Raffaelli 1980 “e nel”, no “en el”; p. 152: en Riou 1978, “âge”, no “age”; p. 157: las páginas de Victor 1987 son 261-263; en Webber 1957-58, “printed”, no “pinted”; p. 158: en Wessner 1905, “zur”, no “zum”; N. G., no N. C. Wilson (asimismo en p. 165); p. 159: Zetzel 1984, no 1981; p. 164: el orden de los lugares terencianos citados (bajo el lema “Terencio”) parece haberse descabalado en ocasiones.

ÁNGEL ESCOBAR
 Universidad de Zaragoza
 aescobar@posta.unizar.es

